

RESEÑAS DE LIBROS

Bill Bruger y Stephen Reglar, *Politics, Economy and Society in Contemporary China*, Stanford, Stanford University Press, 1994, 367 pp.

Lowell Dittmer, *China Under Reform*, Boulder, Westview Press, 1994, XII + 228 pp.

Brantly Womack (comp.), *Contemporary Chinese Politics in Historical Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, XIV + 334 pp.

El agotamiento interno de un sistema social que prácticamente se reproducía a sí mismo una y otra vez, hasta llegar casi a la parálisis, y el brutal encuentro con los europeos, hicieron que los gobernantes chinos constantemente intentaran políticas para mejorar las condiciones de China. La intervención extranjera sacó de su largo sopor a un imperio que no logró recuperarse al punto de convertirse en una potencia. Si bien intentó imponer sus reglas —las que habían funcionado en el “orden del mundo chino” (Fairbank)— la respuesta que presentó fue producto de una gran miopía, que le impidió ver la relación desfavorable de fuerzas.

A casi un siglo de la Reforma de los cien días (1898), China se encuentra una vez más en la encrucijada. Los pronósticos pueden ser diferentes, pero todo el mundo está de acuerdo en que los próximos años —si no es que meses— serán de una vital importancia para ese país. Lo trascendental del futuro cercano se puede ver a partir de muchas variables: la tensión existente con las llamadas minorías nacionales; las dificultades para articular una relación con Estados Unidos sobre bases más claras; el despertar de la sociedad civil; los problemas para hacer de la reforma económica algo perdurable y con una línea coherente, y además, la fuerte tendencia a la regionalización del país, con el consecuente surgimiento de fuerzas económico-políticas locales que se resisten cada vez más a las directrices centrales. A corto plazo, el elemento trascendental, —que además influirá sobre los señalados antes— será, sin duda, el de la sucesión. El relevo de Deng Xiaoping está en marcha; las fuerzas

políticas dentro del Partido Comunista ya están en movimiento para lograr las mejores posiciones. Del resultado de la lucha faccional dependerá en gran medida el rumbo que tomará China. Ciertamente, por ahora es difícil conjeturar un regreso a la orientación de Mao Zedong, pero no hay garantía de que el gobierno siga en la misma dirección, para no hablar de una profundización de las reformas económicas y políticas. Dirigirse hacia una mayor privatización y hacia la mercantilización de la economía —el avance hacia una economía capitalista— cuestiona el monopolio del poder existente, pues se trata de un gobierno que surgió y se sustenta sobre la base de la “propiedad estatal de los medios de producción”. En cuanto a lo político —cuyo avance en una vía opuesta a la actual igualmente cuestiona al gobierno— no intenta más que adecuar el aparato estatal para ponerlo en condiciones óptimas, a fin de que sea herramienta de las directrices económicas.

En términos generales, la reforma y la apertura que iniciaron su despegue en 1978 han sido, sin duda, las más exitosas en cuanto a duración y logros. Esto es posible afirmarlo, si tomamos como punto de comparación reformas como la ya mencionada “de los cien días”, el movimiento social conocido como Movimiento del 4 de mayo y la sucesión de experimentos efímeros y poco exitosos de Mao Zedong. Evidentemente, los intentos reformistas e incluso revolucionarios —no obstante su corta duración— han marcado cualquier acción social surgida a lo largo de por lo menos la última centuria. Un proceso acumulativo de conocimiento y experiencias, en el que los protagonistas y las ideas de un movimiento influyen sobre el siguiente, nos revela que en China la influencia del pasado siempre ha sido muy fuerte y en ocasiones perdura durante décadas. Por otra parte, si bien la mayoría de las veces se recurre a las mismas referencias históricas —entre las cuales existen algunas muy socorridas, como el Movimiento del 4 de mayo— es posible que aparezcan innovaciones.

A la par de los cambios ya operados y de los que se producirán en China en un futuro cercano, los especialistas también se “reforman” y se “abren” a nuevas interpretaciones y objetos de estudio. Se reconsideran viejas explicaciones, se ofrecen nuevas interpretaciones de periodos o aspectos ya estudiados, y ante un futuro incierto, muchas veces las posiciones de los especialistas observadores se polarizan. A casi 20 años del inicio de las llamadas cuatro modernizaciones, empiezan a aparecer una serie de estudios que buscan hacer un balance de la política china. En esta reseña

me ocuparé brevemente de tres libros que, en diferentes grados, utilizan nuevas perspectivas para analizar temas ya estudiados. Además de las similitudes obvias, pues por momentos los temas son los mismos, lo que une a los libros reseñados es que los tres vuelven los ojos al pasado para explicar el presente, y sobre todo para proponer algunas hipótesis sobre el futuro. Seleccioné los libros aquí reseñados, por su unidad temática y por la importancia que tienen en la actualidad, y no tanto por su fecha de publicación. Asimismo, utilicé un criterio de orden alfabético, según el apellido del autor o compilador, para referirme a cada uno de los libros.

Politics, Economy and Society in Contemporary China es el libro de lectura más accesible, y no por ello el menos importante o profundo. Bruger y Reglar son ambiciosos en cuanto al espectro temático abordado, con lo cual en un solo libro logran realizar análisis breves y precisos de algunos de los aspectos más importantes de la sociedad china, retomando temas que, no obstante su trascendencia, han sido investigados superficialmente y de manera ocasional.

La obra se encuentra dividida en dos partes; la primera sirve de introducción a los neófitos en el tema, pues consiste en una serie de apartados en donde se reseñan en orden cronológico los principales acontecimientos sucedidos en la República Popular China desde su fundación, *i.e.*, el modelo soviético, el cooperativismo, la radicalización en el terreno económico a finales de los cincuenta, la Revolución Cultural, etc. Posteriormente, Bruger y Reglar presentan el desarrollo de la reforma económica de China utilizando el criterio de que ésta se ha producido en 5 "ciclos", con dos interludios: el fin de la colectivización y la crisis de 1989. El primer ciclo, de 1979 a 1981, configuró los primeros pasos en busca de la integración a la economía internacional; el segundo, a partir de septiembre de 1982, se inició con el impulso de instrumentar una política clara de retiro de los dirigentes del Partido; entre 1984 y 1986 tuvo lugar el tercer ciclo, el cual "reveló la complejidad no sólo de la reforma de precios y de los tipos de propiedad, sino también la del desequilibrio en el desarrollo regional"; el cuarto ciclo, a partir de 1987, es el del surgimiento de un "nuevo" autoritarismo, mediante el cual se busca forjar un liderazgo fuerte acompañado de reformas en el aparato burocrático; finalmente, el quinto ciclo cubre un periodo durante el cual se resolvieron algunos problemas políticos, como el del retiro de funcionarios, mientras

que otros siguen sin resolverse, como el de la distribución del poder y el "modelo" de desarrollo a seguir.

La segunda parte de *Politics, Economy and Society...* se encuentra dividida en 6 temas, de los cuales tal vez los más interesantes sean los relativos a la ley, la familia y las relaciones de género y a las minorías nacionales. Los otros temas: Estado y campo; Estado, empresa y ciudad, y por último, los intelectuales y sus luchas, cuentan ya con una abundante bibliografía. Todos los temas se abordan desde la perspectiva histórica, de manera tal, que antes de analizar el presente, Brugger y Reglar hacen un breve recorrido por los momentos trascendentales del pasado reciente para explicar su objeto temático.

No obstante la sencillez en la presentación de los diferentes temas, el libro no deja de ser polémico y es capaz de despertar el interés del lector. La obra no es ni pretende ser objetiva, en el sentido restringido del concepto. Los autores no se quedan en la descripción sino que van más lejos, y proponen alternativas sin descuidar las especificidades nacionales. Por ello, cuando en el apartado sobre familia y relaciones de género extraen sus conclusiones, anotan que "sería en extremo arrogante intentar imponer modelos occidentales en China, donde la realidad de clase es tan diferente".

Politics, Economy and Society es, pues, un libro de fácil lectura que puede resultar enriquecedor, no tiene una redacción rebuscada y cuenta con un mínimo de notas a pie de página, si bien brinda una bibliografía que puede servir para profundizar en los diferentes temas.

En *China Under Reform*, Lowell Dittmer emprende un estudio ambicioso y optimista "sobre las consecuencias políticas de la reforma económica [...], un proceso que ha sido tan exitoso que [...] nunca podrá ser revertido, a pesar de que aún pueda ser conducido en direcciones diferentes". El hilo conductor de este libro es una idea simple y obvia: "nuestra premisa es que el desarrollo más significativo en China desde la muerte de Mao ha sido el cambio de la revolución a la reforma". De acuerdo con esto, la reforma se define como el conjunto de intentos para efectuar el cambio a través de un proceso de compromiso en crecimiento y por secuencias; en este sentido, se considera que el periodo comprendido de 1978 hasta nuestros días es uno de reforma estructural.

El trabajo de Dittmer —a diferencia del que reseñamos antes— no es tan específico en cuanto los temas analizados, pero parte también de los orígenes de la RPCh para explicar fenómenos contemporáneos, remontándose a los años cincuenta y a la Revolución

Cultural, con el fin de realizar la “genealogía de la reforma”. De hecho, presenta como hipótesis los “tres diferentes *pedigree*” de la reforma: el primer Plan quinquenal, el periodo de recuperación después del Gran salto adelante y la Revolución Cultural. A otro nivel, y tratando de efectuar un análisis más preciso, hace un estudio biográfico somero de Mao Zedong y de Deng Xiaoping, con el fin de entender la estructura y los mecanismos de sucesión del liderazgo político, el cual ha sido de “un alto nivel de eficacia y se ha ido moviendo hacia una mayor sabiduría”.

La primera parte del libro aborda temas clásicos que ahora se vuelven a estudiar, no siempre de manera afortunada; en la segunda parte, sin embargo, Dittmer se acerca a temas nuevos de manera más interesante y a otros no tan nuevos, pero de forma innovadora. En ocasiones, el análisis dejará al lector en espera de algo más. El apartado sobre la Revolución Cultural, por ejemplo, es flojo y repite argumentos que se pueden encontrar en otras partes. En la actualidad, preguntarse como lo hace Dittmer, si la época de gran agitación que atravesó China fue o no una “Revolución Cultural”, tiene poco significado. Sin embargo, en otras partes del libro, su análisis es profundo e interesante. La sección que dedica a las relaciones internacionales, “Domestic Reform and International Adaptation”, por breve que parezca, es muy rica en contenido y realiza un análisis incisivo, crítico y concreto, cuya importancia radica, desde mi punto de vista, en que aporta herramientas conceptuales para comprender la política exterior de China en los últimos años, sobre todo en lo que se refiere al cambio de Beijing respecto de sus vecinos del Sudeste asiático.

Igualmente importante es el capítulo “Emergence of a Public Sphere?”, donde se aborda el problema de la sociedad civil, analizando cómo explican lo público y lo privado los clásicos confucianos. El libro presenta luego la manera como se produjo la síntesis entre la cultura política tradicional y “la ideología marxista leninista”; síntesis que si bien tiene paralelismos con la idea de lo público propia de Occidente, también cuenta con diferencias significativas como la idea de “objetividad” y el concepto de lo público, que presupone “diversidad y contradicción internas”.

El remate del libro, el capítulo “The Future of Socialism”, constituye un balance muy general de cuarenta años de vida de la RPCh, y presenta algunos de los problemas centrales de la agenda política: el del liderazgo, el relativo al papel del Partido Comunista, y a lograr la participación de la población en los procesos

políticos y de inserción de China en el mundo del fin de la Guerra fría.

Dittmer es profundamente optimista. Para él, no sólo la política exterior de Deng ha sido “altamente exitosa”, sino que el resultado de la supresión del movimiento social de 1989 “ha contribuido a [establecer] una cautela saludable entre la élite y las masas que debiera, *ceteris paribus*, disminuir la posibilidad de otra tragedia similar durante la sucesión”. En suma, “ya consideradas todas las cosas, estas dificultades serán relativamente manejables: los recodos y tumbos en el camino hacia el futuro deben verse con cauto optimismo”.

Un grupo de sinólogos de diferentes universidades norteamericanas se reunió para rendir tributo a quien fue su maestro, Tang Tsou, uno de los expertos sobre China más importantes de por lo menos las dos últimas décadas. El producto del homenaje, *Contemporary Chinese Politics in Historical Perspective*, constituye una extraordinaria colección de trabajos que, como su título lo indica, analiza la política china de la actualidad desde una perspectiva histórica. Resulta un tanto lamentable que sólo se haya incluido en todo el libro un artículo sobre política exterior, que es precisamente el de Dittmer que mencioné antes.

El libro se encuentra dividido en cuatro grandes apartados temáticos: China contemporánea y su herencia prerrevolucionaria; la dinámica política dentro de China; la evolución del papel de China en el mundo, y Tian'anmen. Las dos primeras partes del libro son las que contienen más textos, tres cada una. El interés de los trabajos reside en que ilustran sobre aspectos de la vida de China que serán trascendentales en un futuro cercano.

En una época marcada por la transición, el texto de Edmond Lee, “A bourgeois alternative? The Shanghai arguments for a Chinese capitalism: the 1920s and the 1980s”, resulta clarificador respecto de posibles tendencias históricas. La primera parte de ese trabajo está dedicada a describir la “alternativa burguesa” que se formó en Shanghai en la década de los veinte, la “época dorada de la burguesía”. Se trata del sueño de los miembros de la Cámara General de Comercio de Shanghai, quienes pretendían convertir esta ciudad costera china en una metrópoli equiparable a Londres o a Nueva York.

Según Lee, la burguesía de Shanghai tenía como objetivo primordial la creación de un Estado con el poder suficiente como para propiciar la maduración del capitalismo y generar así riqueza y poder para el país. El modelo a seguir era, obviamente, el

capitalismo occidental. Sin embargo, los planteamientos de los hombres de empresa de Shanghai tuvieron poco alcance. Tres fueron los obstáculos principales contra su proyecto: 1) muy pocos intelectuales apoyaron la propagación de las ideas burguesas, pues éstos no veían la generación de dinero como algo fundamental; 2) el escepticismo y, 3) el marxismo. La llegada al poder del Partido Comunista en 1949 y sobre todo la Revolución Cultural —nos dice Lee— derrotaron al ideal burgués del país.

El punto focal del trabajo de Lee consiste en mostrar cómo, con el impulso que ha dado el gobierno a una economía mercantil (*shangbin jingji*), se han abierto las puertas a propuestas que propenden a ir más lejos. El hecho de que los académicos y los políticos observaran tanto los procesos de Europa del Este como los de Asia, fue el inicio del resurgimiento de alternativas económicas que se consideraban extinguidas tales como la burguesa, de Shanghai. Según argumenta Lee, los “escritores de Shanghai” se sienten orgullosos del pasado capitalista de esa ciudad. Si bien es cierto que en otras partes de China han surgido diversas propuestas de desarrollo económico, lo que distingue a los shanghaineses es su obsesión por el tema del capitalismo. Estos intelectuales, nos asegura nuestro autor, han reconstruido la historia de la ciudad, creen tener la solución a la crisis china y consideran que el “espíritu de Shanghai” puede revitalizar materialmente al país.

Según los argumentos de Lee, las similitudes entre los planteamientos de los veinte y los de la década pasada son impresionantes. En el planteamiento del autor sobresalen básicamente la idea de que los problemas culturales y sociales sólo pueden ser resueltos mediante prácticas capitalistas y de que el capitalismo y el patriotismo se encuentran estrechamente ligados. Si bien el autor no se decide a considerar abiertamente la “alternativa de Shanghai” como algo viable, tampoco considera imposible que se pueda llevar a cabo con diferentes matices.

Resulta altamente saludable que se sigan discutiendo y reinterpretando los tópicos más importantes, si bien es obvio que existen vacíos. Una de las debilidades más sobresalientes es que se sigue dependiendo en gran medida de la fraseología oficial. En ese sentido, cabría preguntarse si después de tres quinquenios, es posible considerar válido aún, el uso indiscriminado de la noción “reforma”.

De cualquier manera, con este conjunto de trabajos, tanto el especialista como el lego cuentan con herramientas indispensables para comprender el pasado reciente, el proceso en curso y, en

menor medida, lo que se avecina. No solamente en el gobierno chino las posiciones se polarizan cada vez más; lo mismo sucede entre los observadores. Por ello, las investigaciones equilibradas son muy útiles, sobre todo para aquellos lectores que desean iniciar el estudio de la sociedad china.

FRANCISCO HARO

Zhengyuan Fu, *Autocratic Tradition and Chinese Politics*, Cambridge University Press, 1993, XII + 401 pp.

Desde los primeros contactos de los europeos con China, gran parte de la atención de aquéllos estuvo dirigida a la maquinaria estatal. La situación no ha cambiado mucho. El Estado chino se presenta ante los de afuera como el dios Jano: Un rostro, es digno de admiración, por la forma magnífica en que funciona: el sistema; el otro, despierta repulsión por el control inmenso que ejerce el sistema y porque domeña las inquietudes "individuales".

A nivel internacional y en diferentes campos de las ciencias sociales, durante los setenta y los ochenta surgieron decenas de estudios sobre el Estado. Desde esa perspectiva el libro que aquí reseñamos está un tanto "desfasado", pero no por ello deja de ser interesante o digno de leerse.

El aparato estatal chino surgido a mediados de siglo sobre la base de instituciones formadas en Yan'an y de otras heredadas del antiguo régimen, ha sido considerado lo mismo continuador de tradiciones políticas, que la expresión de una ruptura. La obra de Fu se ubica dentro de aquellas que optan por la continuidad, por lo que el autor plantea que "la característica más duradera y significativa de la tradición china es la autocracia".

Autocratic Tradition and Chinese Politics, se divide en dos grandes partes: la China antigua y la moderna, y como obra general cuenta con varios atractivos. La parte dedicada a la China antigua es extensa y profunda; va desde la construcción del Estado en Zhou del Este hasta 1989, y cubre aspectos filosóficos y legales. Se ocupa de la estructura estatal imperial y de la burocracia, y por supuesto, de su desaparición. En la segunda parte, la más larga, se concentra en las características del Estado construido por el Partido

Comunista. Es interesante hacer notar que el autor de esta obra es un chino que emigró hace poco tiempo a Estados Unidos, lo cual en cierta medida es una ventaja, pues su conocimiento de cómo funciona el aparato estatal interno es muy amplio. En ese mismo sentido, es preciso resaltar la enorme cantidad de fuentes chinas, sobre todo de la antigüedad, que Fu utiliza.

Pese a la existencia de muchos estudios sobre el Estado, Fu considera que es preciso investigar más el tema y darle a las instituciones políticas y a la cultura política un lugar predominante. Por ello, se da a la tarea de demostrar que la tradición autocrática existe desde la dinastía Zhou hasta la China de Mao. De acuerdo con la lógica del estudio, la tradición imperial facilitó la victoria del Partido Comunista, logrando que el Estado volviera a dominar a la sociedad. La conclusión, según Fu, es que “el establecimiento de la RPCh representó tanto la extensión como la restauración revitalizada de la autocracia imperial china, a través de cambios revolucionarios y en tecnología y mecanismos de control político”.

Tal vez la principal debilidad del libro sea la casi total ausencia del régimen estatal nacionalista en sus páginas, lo cual no es excusable en un libro que estudie la “continuidad de la larga duración de la tradición política autocrática china” y que, por lo mismo, se remonta hasta por lo menos mil años antes de nuestra era. Además, es indudable que para entender el surgimiento del nuevo Estado hay que comprender el periodo del Guomindang. Cabría preguntarse, si al estudiar la continuidad no es básico saber cuál es la que existe entre el Estado nacionalista, a partir de 1927-1928, y el Estado surgido en 1949. La respuesta a esta pregunta no se puede soslayar. Para el autor su “toma de posesión fue una contrarrevolución contra la primera revolución republicana china de 1911”. A pesar de lo tajante de esta afirmación, hay pocos elementos para demostrarla. Al lector no le resulta claro cuáles fueron las razones históricas y políticas del surgimiento de un nuevo gobierno a fines de los cuarenta. Las referencias a la política del Guomindang son mínimas, y sólo se habla de los “errores tácticos” como el cometido al mandar a medio millón de los mejores soldados a Manchuria “ignorando” que iban a enfrentar a tropas bien entrenadas. En suma, según Fu, Shiang Kai-Shek y sus hombres pasaron por las a veces pantanosas aguas de la historia sin mancharse, y simplemente fueron hechos a un lado por un grupo de contrarrevolucionarios que acabó con el espíritu revolucionario de 1911. Pero, ¿mantuvieron ellos ese espíritu revolucionario y republicano? ¿Rompieron con la tradición autocrática?

No obstante lo anterior, y aunque sea simplemente como una actualización sobre lo más recientemente escrito sobre el tema, es recomendable leer *Autocratic Tradition and Chinese Politics*.

FRANCISCO HARO

Gregory E. Guldin, *The Saga of Anthropology in China. From Malinowski to Moscow to Mao*, M.E. Sharpe, Nueva York, Armonk, 1994, XIV, 298 pp.

Trece capítulos reunidos en cinco apartados —la vida y muerte de la antropología; la importación de disciplinas, 1898-1949; el inicio de la RPCh socialista y el modelo soviético, 1949-1960; la maoización de las disciplinas, 1957-1978; antropologías nacionales, ¿un modelo chino?— constituyen el cuerpo de este libro, que es el resultado de una investigación y de entrevistas con sobresalientes personalidades de las ciencias antropológicas en la República Popular China (RPCh), realizadas por el autor durante su estancia en 1986 en la Universidad de Zhongshan (Guangzhou). Los grandes especialistas de la antropología cultural, la lingüística, la etnología, la arqueología y la sociología como Cai Yanpei, Cen Jiawu, Chen Yongling, Zhao Yuanren, Yang Qingkun, Wu Wenzao, Pei Wenzhong, Lin Yaohua, Li Ji, etc., aparecen mencionados en esta obra que es, sobre todas, un homenaje a Linag Zhaotao, quien fundó diversos departamentos de antropología, en especial el de la Universidad de Zhongshan, y fue el principal promotor —durante las reformas de principios de los años ochenta— de que se reinstalara nuevamente la disciplina antropológica y se reabrieran diferentes departamentos de investigación.

El libro de Guldin es una historia sobre el desarrollo de las disciplinas a través de los diferentes periodos históricos de la RPCh, y de la manera como las campañas políticas repercutieron en la investigación, en las vidas de los especialistas, y en la planeación de las *curricula* en diversas universidades. La odisea de la antropología en China se narra de manera interesante, cubriendo las diferentes universidades e institutos. El autor hace énfasis en el desarrollo y la presencia de la antropología en el sur del país. Si bien es cierto que

el traslado de la Academia Sínica de Beijing primero a Nanjing y después de 1946 a Taipei, dejó un vacío en el norte de la RPCh, no se puede decir que los trabajos de investigación cesaran.

Es necesario señalar que el énfasis de Guldin en narrar la odisea de la antropología desde una perspectiva sureña, corresponde al enfoque multidisciplinario seguido por los especialistas en las universidades del sur; mientras que en el norte, la antropología cultural no tuvo auge. Considero que la cuestión política ha influido fuertemente en esta diferenciación sur-norte: en el sur de la RPCh se encuentran localizadas la mayor parte de las minorías nacionales, mientras que en el norte se han localizado desde el neolítico los centros de poder político, lo que ha hecho que la arqueología tenga mayor apoyo estatal, además de que haya sido usada para legitimar la autoridad actual, lo cual no es tratado por Guldin en este libro.

Guldin analiza las influencias provenientes del Japón a principios de este siglo, desde el evolucionismo hasta los préstamos de palabras para describir nuevos conceptos que no existían en chino, como antropología (*releixue*) y etnología (*minzuxue*). A pesar de la situación interna de China, el periodo hasta 1937 podría caracterizarse como de tranquilidad y de auge de la investigación académica. Con el establecimiento de la RPCh en 1949, los cambios en las disciplinas antropológicas fueron drásticos, pues se considera a la antropología como una ciencia imperialista. El gobierno cerró todos los departamentos de antropología cultural y sociología y puso énfasis en el estudio del marxismo-leninismo, pues el lema era "Aprender de la Unión Soviética". La supervivencia de algunas ciencias antropológicas como la arqueología, la paleoantropología y la antropología física (curiosamente la influencia soviética no fue fuerte en estas disciplinas) se debió al valor político de éstas, pues fueron consideradas como herramienta en la lucha de clases. También sobrevivió la etnología que fue modificada junto con la lingüística, para estudiar a las minorías nacionales.

Guldin analiza minuciosamente el proceso de maoización de la antropología; señala dos periodos: el primero, de 1956 a principios de 1962-1963 y el segundo, de 1964 a 1976. El primer periodo se inició con la "Campaña de las 100 flores" con la cual se pretendía establecer una nueva relación entre el partido y los intelectuales. En 1957, con la "campaña antidetechista", se buscaba que los intelectuales con influencia extranjera rectificaran su pensamiento; el resultado, miles de personas criticadas, enviadas al campo y ejecutadas. Durante el gran salto adelante se prohibió es-

tudiar cualquier tema relacionado con cuestiones atrasadas, como la religión. De 1959 a 1964 la atmósfera académica se fue politizando cada vez más; los maestros enseñaban lo que los estudiantes y los instructores del Partido Comunista deseaban escuchar. La generación prerrevolucionaria no veía el futuro con optimismo, y Guldin señala algo clave e importantísimo: la generación joven educada durante este tiempo y que había pasado por las diversas campañas políticas, consideraba que había llegado su momento de tomar el liderazgo en los campos académicos.

El segundo periodo de la maoización corresponde a la Revolución cultural de 1965 a 1976; poco se puede agregar sobre la Revolución cultural a lo que se ha reseñado ya en otras partes: la persecución de intelectuales, las luchas faccionales, la toma y posteriormente el cierre de las universidades.

La década de los ochenta se caracteriza por un regreso de las ciencias occidentales y una educación menos politizada. Bajo la nueva política del gobierno, la de las "cuatro modernizaciones" —industria, ciencia y tecnología, agricultura y defensa— se ha dado apoyo al intercambio académico con el exterior y a la realización de congresos con participación de extranjeros. Además, muchos académicos han sido reinstalados en sus puestos, y se han vuelto a abrir departamentos, institutos y universidades.

En la actualidad, la visión de la antropología en las universidades se define por dos posiciones, una reformista y prooccidental y otra conservadora y prochina; sin embargo, hay una amplia gama de posturas y matices entre los especialistas. Me parece interesante señalar la opinión de un antropólogo conservador, con un posgrado en China, que dice: "¿Acaso lo que esta gente realmente dice es que los estudiantes y los académicos no pueden saber antropología, salvo que estudien en el extranjero?" (p. 229). Para la posición reformista y prooccidental un posgrado de cualquier universidad extranjera vale más que uno local. Dado que esta situación se asemeja a la que ocurre en nuestro país, considero que este libro puede llegar a ser de gran provecho para los académicos de países como el nuestro.

Según Guldin, la antropología china en la actualidad no es ni un clon de la antropología extranjera, ni una disciplina definida con características propias. La antropología china es tal vez la única del mundo que ha sido expuesta tanto a influencias occidentales como soviéticas y que ha tratado de amalgamar las contribuciones extranjeras con las tradiciones chinas. Para Guldin, la antropología

china refleja la situación actual del país, cifrada en la lucha por la independencia y la autonomía.

ROSA ELENA MONCAYO

R. David Arkush y Leo O. Lee (comps.), *Land Without Ghosts, Chinese Impressions of America from the Mid-Nineteenth Century to the Present* (traducción del chino al inglés de R. David Arkush y Leo O. Lee), Berkeley, University of California Press, 1989, 309 pp.

En este libro Arkush y Lee hacen una selección de textos escritos por chinos que visitaron Estados Unidos desde mediados del siglo XIX y quienes después decidieron escribir sus impresiones sobre el país y sus habitantes. Los escritos que integran la publicación fueron difundidos en China, por lo que los autores los consideran como muy representativos; algunos de aquéllos son intelectuales renombrados como Liang Quichao, Hu Shi, Zou Taofen y Fei Xiaotong.

Es interesante leer las impresiones de los chinos sobre la sociedad norteamericana. En la segunda mitad del siglo XIX, los diplomáticos chinos que llegaban a Estados Unidos se veían obligados a dejar pasar el tiempo para asimilar todo lo que veían; en general, fueron muy críticos hacia las costumbres y el modo de ser de los norteamericanos; deseaban conocerlos para poder negociar con ellos. En un primer momento, no sentían que los norteamericanos fueran tan agresivos como los británicos, pero esta percepción empezó a cambiar al iniciarse el siglo XX. Liang Quichao, por ejemplo, previno a sus compatriotas contra el surgimiento del imperialismo norteamericano. Sin embargo, a medida que avanza el siglo XX, las actitudes chinas hacia Estados Unidos volvieron a ser positivas; mostraban admiración por sus instituciones políticas y educativas, así como por sus avances tecnológicos.

Desde mediados del siglo XX hasta los setenta, a raíz de los problemas políticos entre China y Estados Unidos, los chinos percibirán a los estadounidenses como agresivos e imperialistas. La visión de Taiwan en este periodo es diferente, por las buenas

relaciones que existieron entre aquel país y Estados Unidos. Al establecerse los contactos entre China y Estados Unidos, después de la apertura de relaciones diplomáticas en 1979, la percepción cambiaría de nuevo, y se produciría el redescubrimiento del mundo americano. Esto puede percibirse en los escritos de los múltiples estudiantes chinos que viajaban a Estados Unidos para realizar estudios de posgrado.

David Arkush y Leo O. Lee realizan un excelente trabajo de traducción y compilación. El ordenamiento cronológico de los textos, lo mismo que la explicación que los antecede acerca de su naturaleza y su autor, son de gran ayuda para el lector.

MARISELA CONNELLY